

XIII Concurso de Microrrelatos Mineros

Manuel Nevado Madrid

Redacción

En el año 2013 Benjamín Gutiérrez, director de la Fundación Juan Muñiz Zapico, se puso en contacto con la Comarca Andorra-Sierra de Arcos para solicitar nuestra colaboración en la difusión del concurso de microrrelatos mineros convocado por dicha fundación asturiana. No se nos ocurrió mejor forma de colaboración que publicar el microrrelato ganador en el *BCI*, pues no deja de ser una forma más de recuperación de nuestra memoria histórica como comarca minera que somos. Desde entonces, todos los meses de diciembre en el *BCI* del segundo semestre del año se publica el relato ganador de este concurso, que algún ilustrador de los que colaboran habitualmente con nosotros se encarga de acompañar con una imagen.

Ardor es el relato ganador de esta edición, cuyo fallo se hizo público el pasado 4 de diciembre. Al fallarse el premio el día de Santa Bárbara el relato ganador nos llega cuando la revista ya está en imprenta casi lista para entrar a máquinas a falta solamente de dicho relato, para el que se ha guardado una página. Este año el relato ha sido un poco más largo de lo habitual, lo que nos ha obligado a suprimir la sección de la partitura elaborada por José Antonio Pastor, que publicaremos sin falta en el siguiente número, con el fin de dotar de dos páginas al microrrelato minero.

Enhorabuena al ganador. Esperamos que esta publicación anime a los escritores locales a participar en próximas ediciones.

Ardor

Pablo Rodríguez Medina
Ilustración: Roberto Morote

... ardían y ardían, en la oscura noche del alma, aquellos bultos, apilados como cuerpos, en el crepitar ronco, ardían y ardían y aquel ardor era hedor nauseabundo a chamusquina y cierto regusto a carne quemada que avivaba el olfato y las papilas gustativas ardían y ardían, incendiando los recuerdos, las sonrisas en sepia florecidas de las viejas fotografías, ardía la bocamina y con ella aquella instantánea, el cuadro del relevo, semblantes serios, otros puño en alto, ardían ahora, ardían, entre aquellas palabras bisbiseadas apenas como un rezo, cierra la ventana que no se nos meta tanta ceniza y tanta desolación en el alma que ardía y ardía, cierra que nos hunde tanta luz, que nos humilla este silencio, espeso, pastoso que se había formado tras las detonaciones nublando el cielo de la boca que ardía y ardía en un ardor de fiebre y de injusticia, elevándose arriba, a los ojos, que apagados ardían y ardían, los rostros, los nombres de aquellos compañeros, que murieron gritando, en el eco de la salva, uhp, uhp, ardían y ardían, ardían sus cuerpos apilados como bultos, como sacas de tanto carbón arrancado, ardían y ardían a la intemperie, por mandato de sus verdugos, quién quiere cavar el agujero tan grande, quiá, que así aprenda tanto cabrón rojo, pues que rojo era el fuego de aquella hoguera que ardía y ardía, y continuaría ardiendo más allá de los límites de la combustión del querosén y el aceite de las máquinas, ardían con la determinación con la que se reafirmasen en su credo, uhp, uhp, ululaban famélicas las llamas, ardían y ardían rebasando los límites de la noche, no siempre animados por la misma constancia, no siempre fueron fulgor que a veces ardían y ardían y su ardor era apenas titilar de estrella tímida y lejana, un susurro de luz que solo alcanzaba quien estaba alerta, capaz de escucharlo, y otras, otras era deslumbrante astro de fuego alimentándose de soledad y de silencio, y de tanto olvido que ardía y ardía, y estuvo ardiendo, aquel montón de cuerpos desmembrados y retorcidos más incluso de lo que a sus verdugos les hubiese gustado ardían, ardían y ardían, ¿que no dicen en Madrid que son

demonios, que les buscaban cuernos y rabo?, pues a gusto se han de quedar en el fuego, se mofaban, y quizás por eso los cuerpos ardían y ardían, y seguirían ardiendo, que a veces el viento de la historia soplaba recio y portaban el nombre de alguno resquemando en labio ajeno, ardía y ardía, ardían y ardían, claro, los cuerpos de los once de La Baragaña, los del relevo entero, hasta un guaje que se acercó a llevar la comida al padre y al tío ardían y ardían, que ni las madreñas les habían quitado y también ardía el haya noble en el noble cuerpo de los once, y que no se preocupen camaradas, que en esta vida es tan importante saber vivir como saber morir, resonó la voz de Lauro el del sindicato, con aquella serenidad con la que había aprendido a hablar por los papeles, que ardían y ardían plegados en sus bolsillos, con los que en el descanso hablaba del mundo por venir que entonces ardía y ardía, que de él había sido la idea de la fotografía, miren como miramos al retratista, miren como miramos al futuro, y se desperezaron de los miedos, les miraron recio, severo, y alguien hubo que alzó el puño, y otros que entonaron, como aquel día, frente al retratista, uhp, uhp, y se acordaron de las palabras con que vinieron puestos en los papeles, camaradas mineros, son ustedes simiente de esperanza, se buscaban el ánimo, uhp, uhp, porque sabían de aquellas palabras que ardían y ardían como el fogonazo de magnesio con el que los habían retratado, aquellas palabras que solo apagó la detonación de los fusiles, cuyas bocas ardían y ardían, como entonces avivó etérea la esperanza de la nube de magnesio, enviaremos la foto, para que contemplase el mundo y se supiese de su pobreza digna, brazo en alto, mirada severa y al frente, ardían y ardían, quien tanto tiempo ha vivido bajo tierra tiene derecho a aspirar al cielo, aquellos cuerpos ahora ardían y ardían, ardían en un ahora eterno, en un adverbio infinito, ardían liberados, a la intemperie, siguieron ardiendo mañana, arderán ayer, y hubo y habrá quien se pregunte cómo es posible tanto ardor, habrá quien se pregunte a qué esa luz ardiendo ciega en la noche, habrá quien ignore el

secreto de aquellos cuerpos que ardían y ardían y eran puro ardor, porque venían de una vida en que se respiraba carbón y silencio, carbón en la sangre, carbón en la comida, en los ojos, en las negras fosas de sus fosas negras, respiraban, sudaban, trasegaban, masticaban carbón que ardía y ardía, tanto carbón que nada más hizo falta una llama, una excusa para que prendiese en ellos, y por eso sus cuerpos, tibios, húmedos de sangre negra como el carbón, se abrían a una aurora de rosados dedos que ardía y ardía, por eso sus cuerpos ardían y ardían...

Pablo Rodríguez Medina

Licenciado en Filología Hispánica y especialista en Llingua Asturiana, es profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES Juan José Calvo Miguel de Sotrondio. Ha recibido numerosos premios a nivel nacional e internacional y es autor de varios libros de narrativa, poesía y teatro. Combina su labor creativa con su labor investigadora y didáctica. Recientemente ha elaborado para la Oficina de Normalización Llingüística de Gijón la guía didáctica de *Sol en los pomares*, libro del exiliado republicano Matías Conde.

